

MECENAS Y LOS MECENAS DE LA ANTIGÜEDAD

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

He dado un pequeño repaso al uso del término «mecenas» en el sentido de «persona que patrocina las letras o las artes», según el DRAE, o benefactor de la cultura en general, en nuestra asendereada lengua española, ayudándome con el banco de referencias del español, el CORDE. Lo hallo desde 1490, nada menos, aunque solo un ejemplo español, dos latinos; crece luego a partir de 1511 y más en el siglo XVII y siguientes. Busco «mecenzago», o sea, «protección dispensada por una persona a un escritor o artista», en el CREA, el banco de referencias del español actual: lo hallo desde 1927 tan solo. Compruebo a continuación los usos en francés de los términos correspondientes a fin de explorar posibles dependencias, como en otros casos. En francés aparece «maecenas» en nuestro sentido desde 1509, la adaptación «mécène» desde 1648: sin duda son desarrollos independientes, en español era innecesaria cualquier adaptación. En cambio, «mecenzago» podría ser muy bien una adaptación del francés «mécénat», testimoniado desde 1864. Semejante debe de ser el caso de otras lenguas europeas: el uso figurado de Maecenas viene ya de la Antigüedad, de Marcial, Séneca y Juvenal. El abstracto es una creación moderna, y no me extrañaría que el modelo fuera el francés señalado.

Son, pues, términos y conceptos que están en el núcleo de nuestra cultura, el primero reintroducido desde el Renacimiento, el segundo creado desde fines del siglo XIX y difundido luego lentamente. Nuestras letras y artes y algunos desarrollos más de nuestra cultura dentro de nuestras sociedades no pueden seguirse sin atender a estos dos conceptos, en realidad uno solo. El mecenzago es un patronazgo que puede ser de los reyes y los estados, también de los particulares; a partir de un momento, puede darse dentro de diversas sociedades evolucionadas.

Naturalmente, todo esto tiene unas fases y una historia que va a estudiarse aquí. Y esta historia arranca, como toda historia cultural, de la Antigüedad. Surgió, con una *facies* más próxima a la de nuestros días, entre los antiguos griegos, cuando se creó un tipo de sociedad más próximo al nuestro. El individuo excepcional necesita una protección para vivir y crear. Esto tiene antece-

dentes antiguos en Oriente: en grandes artistas dependientes directamente de la corte. Pero no eran artistas ni apenas se citaba su nombre, eran más bien funcionarios.

Agradezco, es un honor para mí, haber sido traído a Zaragoza para presentar, a grandes rasgos, los precedentes antiguos del mecenazgo, que ha sido, luego, redescubierto en Europa y ha evolucionado. Los orígenes ilustran siempre. No hago otra cosa que poner una especie de pórtico o de prólogo a lo que vais a debatir.

Y ese pórtico no puede hallarse en otra parte que en la misma palabra «Mecenas». Es Mecenas, el ministro universal de Augusto: no tenía un título especial exacto en un momento en que se intentaba crear una especie de nueva *res publica* alejada de la idea y la palabra de la monarquía, aunque en el fondo hubiera una aproximación a ella. Augusto era solo el *princeps*, el primer ciudadano –aunque ya se bosquejaba el imperio. Me complace nombrarle aquí en Zaragoza, la Caesaraugusta que él fundó entre el 24 y el 12 a. C. como colonia romana en el solar de la ibérica Salduba. Extendió así fuera de Italia la *pax romana* de la Roma recién reconciliada.

¡Mecenas! El nombre nos trae inmediatamente a la memoria la apertura de la primera de las *Odas* de Horacio, a Mecenas dedicadas:

*Maecenas atavis edite regibus
O et praesidium et dulce decus meum!*

O sea: «Mecenas descendiente de los antiguos reyes etruscos, oh mi fuerte defensa, mi dulce honor». Pero Horacio concluye diciendo que lo que él pretende es la corona de la poesía lírica, no otra cosa, y disfrutar de su villa de Sabina –que Mecenas le había otorgado. Era, en efecto, Mecenas un caballero romano descendiente de los etruscos de la vieja Arretium. En la guerra contra los republicanos, Bruto y demás asesinos de César, había estado al lado de Augusto, su vengador y heredero. Luego en el 43 a. C., en Módena contra Antonio, y luego, en la decisiva batalla de Filipos, en el 42. Ya todo rodó a favor de Mecenas, al que Augusto, fuera de toda ordenación constitucional, ejerciendo un poder personal casi indisimulado, le encargaba diversas misiones dentro de la parte del mundo, Occidente, que primero se atribuía, antes de atribuírselo todo, tras la victoria de Actium en el 31 contra Antonio y Cleopatra.

¡Qué melancolía sentí un día contemplando, desde el viejo teatro de Filipos, la llanura donde se decidió el destino de Roma y del mundo para muchos siglos, quizá hasta ahora! Fue allí la derrota del ejército republicano, la victoria mezclada que había de completarse con el aplastamiento de Antonio y Cleopatra en Actium, ya digo. Habrían representado, de vencer, el triunfo del Oriente.

Ya tenemos a Mecenas, el gran personaje, instalado en el poder y en su palacio y jardines del Esquilino. Y rodeado de su círculo: no solo Virgilio, Horacio y Propertio, también Vario, Plotio Tucca, Quintilius Varus, Aristius Fulcus, Valgius Rufus, Domitius Marsus y Aemilius Macer. Poco más que nombres para nosotros. Era Mecenas un poeta, quizá menor, rodeado de poetas: escribía sátiras Menipeas que mezclaban verso y prosa exaltados y barrocos y promovía y ayudaba a poetas que descubría. Ya tenemos aquí el mecenazgo *avant la lettre*. Pero en el mecenazgo siempre hay política, nadie da nada gratis, nadie recibe más que lo que acepta. Mucho habréis de hablar sobre esto en la perspectiva de los siglos futuros y de ahora mismo. ¿Qué política? La del elogio de Roma y su nuevo patriotismo y enderezamiento de la moralidad pública. Y, por supuesto, de Augusto y de Mecenas mismo. Y de la reconciliación que propugnaban.

Mecenas ya había conquistado a Virgilio, lograría extraer de un vate melancólico y humano, individualista y soñador, un gran poema sobre los orígenes heroicos de Roma, la *Eneida*, poema entrañable que a veces rechina con un héroe un tanto vacuo, a veces emociona con pasajes intimistas que cantan la melancolía de sus héroes (Misenos, Palinuro, Niso) y los paisajes de Italia. Pero me interesa más aquí Horacio. Había estado en Filipos, en el bando de enfrente de Mecenas: según él, arrojó al suelo su escudo, pero esto es más bien una imitación de Arquíloco. A Arquíloco imitaba también cuando intentaba hacer carrera literaria en Roma, en plan más bien de *enfant terrible* contestatario, en sus *Epodos*. Virgilio le presentó a Mecenas, Mecenas le ofreció su amistad. Y le pidió, claro está, versos más acordes con la nueva política de reconciliación. Horacio coincidía con ella en el deseo de paz, el amor a Roma. Aceptaba, pues. También aceptó la finca de Sabina. Pero ponía condiciones, no capitulaba. Pedía libertad. No quiso ser secretario de Augusto, que buscaba la reconciliación. Esta sí la quería, pero era un burgués un tanto escéptico, un *bon vivant* con humor y amor a la belleza. Cantaría, sí, a los antiguos héroes de Roma, un Régulo, escribiría el *Carmen Saeculare* para la gran fiesta de Augusto. Pero no quería política ni ataduras. No se le ve de secretario de Augusto, como tampoco a Cervantes de Felipe II ni a Antonio Machado de algún otro poderoso. Ese fue el trato, un acuerdo entre caballeros. Bueno para todos. Pero ya se ve el tira y afloja del mecenazgo. El acuerdo de Horacio y los demás con Augusto fue el modelo para mucho tiempo, el uso del término en nuestros días bien lo muestra. Pero no fue el más antiguo suceso de este tipo en la Antigüedad. Pisaba sobre antiguos círculos de poderosos y de poetas y artistas favorecidos. He, pues, de retroceder en el tiempo, luego volveré a subir.

Los griegos representaron, desde el siglo VII a. C. y aun antes, un nuevo modelo social y político, es cosa bien sabida. Antes, los reinos micénicos eran monarquías teocráticas centralizadas, burocráticas en grado sumo, en las que

había el rey y los súbditos, también un organismo del *demos* o pueblo. Junto al rey había diversos funcionarios, una serie de personajes entre religiosos y civiles –no existía una distinción– que recibían del rey recompensas, notablemente en tierras para sembrar o grano para la siembra, en medida dependiente de la jerarquía. Había funcionarios de muy diversos tipos, incluidos los cobradores de impuestos, los pastores, los que daban la materia bruta a las tejedoras o los bronceístas, estos mismos, etc.

No podemos hablar de mecenazgo hasta que lleguemos a una sociedad libre, con ciudadanos y con poderosos. Hasta entonces solo había, ya digo, dominadores y súbditos; y, entre estos, funcionarios. Esto igual en los modelos orientales de los micénicos. Ni siquiera son nombrados sino excepcionalmente los artistas que construían pirámides, templos y tumbas y los decoraban, ni los autores de himnos y relatos. Podía haber, ya digo, un personaje excepcional, tal como el arquitecto Imhotep, el constructor de la pirámide de escalones de Sakkara, bajo el faraón Djoser, o diversos generales, como Horemheb, que fue faraón luego: pero no dejaban de ser funcionarios sin derechos propios ante el rey. Hombres excepcionales, como Buda, caían fuera del sistema, pero tampoco afectan a nuestro tema.

Ahora bien, llegó la sociedad de los griegos, con su noción del ciudadano, de la individualidad de escultores, escritores, filósofos, ceramistas que firmaban sus obras, de legisladores y creadores de partidos en la lucha política. Sí, el estado podía tener aún funcionarios tales como el médico Onasilo y otros en Chipre, escribí una vez («El bronce de Idalion a la luz de la serie E de Pilos», *Kadmos* 11, 1972, pp. 79-86) sobre los mencionados en el bronce de Idalion, en Chipre, recompensados con tierras. Ya en Homero los heraldos eran, propiamente, demiourgos, es decir, servidores públicos. Pero normalmente lo que se hacía era contratar la ejecución de obras o encargar a los ciudadanos, a modo de impuesto, de ciertos gastos, como armar las trirremes o sufragar el teatro.

Las líneas no son absolutamente claras, por lo demás: vemos a los aedos recompensados en Homero, vemos los premios a los atletas, recompensas como las ofrecidas al médico Onasilo en Chipre, que acabo de citar.

Era excepcional el que, a veces, la ciudad pagara simplemente por un servicio, así a los dicastas o jueces en Atenas. Las más de las funciones no estaban a cargo de empleados o funcionarios, sino de ciudadanos libres elegidos o nombrados para ellas. Y estaban, claro está, los esclavos. Y los ciudadanos se ganaban la vida en los oficios artesanos o en el trabajo de los campos o del mar. O eran propietarios agrarios. Pasando a la literatura, había artistas (no bien definidos frente a los artesanos) que trabajaban en el mercado local, poetas locales también (pero podían salir de su ciudad ocasionalmente, así Terpandro y Alceo, presentes en los Juegos Píticos). Otros eran esencialmente

viajeros, ganaban premios en concursos y Juegos. Los poetas recibían encargos. Pero los premios en los Juegos eran magros, a lo mejor una corona de laurel o un cántaro de aceite. Un poeta como Arquíloco se ganaba el pan y el vino, dice, «apoyado en la lanza», otros iban de certamen en certamen, como el ciego de Quíos del *Himnos a Apolo*. O eran ricos, ya digo, vivían en su patria, la poesía era para ellos un «divertimento», así Safo y Alceo en Lesbos, Solón en Atenas y tantos que ejercían la poesía como coregos de la danza o simposiarcas del banquete. Igual podría decirse de los filósofos milesios en su ciudad. Fidias y los grandes ceramistas recibían a su vez encargos. Otros poetas o pensadores se exiliaron a raíz de la conquista de Grecia por Ciro en el 546, así Pitágoras, Parménides, etc. Vivían como podían en el exilio italiano o siciliano. Muy orgullosos de su valor, eso sí.

Pues bien, a partir de un momento, hubo hueco también para el mecenazgo. Y una necesidad de él, desde el momento en que surgieron los grandes profesionales, de artes y actividades diferentes, que necesitaban un apoyo a su tarea, que era más que local. Ya no eran empleados de los reyes, eran independientes, pero para vivir necesitaban el apoyo de los poderosos –y estos, para su gloria, necesitaban el de ellos. Así nació el mecenazgo.

Junto a los artistas y poetas locales comenzaron a surgir los que he llamado «viajeros». No solo iban a los grandes Juegos y Fiestas internacionales, a veces se asentaban en cortes o ciudades lejanas: Alcman en Esparta, Arión en Corinto, Ibico en Samos, Anacreonte en Samos, Atenas y Tesalia. Luego Píndaro, Simónides y Baquilides en Siracusa. Eran invitados por familias o estados aristocráticos o, sobre todo, por los príncipes, reyes o tiranos. A lo mejor eran estancias temporales, como las de Píndaro y los demás en Siracusa. Este es el modelo, también, de Heródoto y de tantos otros.

Así nació el mecenazgo, algunos de cuyos matices he de señalar. Como el caso de una ciudad democrática, Atenas, que recibía en la democracia a la élite intelectual de Grecia, que necesitaba su vida libre. ¿Era Pericles un mecenas de los intelectuales griegos en torno a él, Protágoras, Anaxágoras, Metón, Fidias, los demás, hemos de preguntarnos? En fin, el modelo continuó, veremos, con filósofos como Platón, llamado por los tiranos de Siracusa, y, sobre todo, con el entorno de Alejandro y luego de los Ptolomeos. Es el modelo que saltó a Roma con Mecenas, siguió luego en época imperial y saltó a las cortes medievales desde Carlomagno sobre todo.

Esta no es una disertación erudita y voy a limitarme a unas muestras sobre el tema del mecenazgo: de sus grandezas y miserias. Diré algo de Anacreonte y Píndaro. Luego, algo de Platón, algo (volviendo atrás) de Pericles, para pasar a la edad helenística. Pero no sin insistir primero en que había también los artistas libres (aunque nadie es nunca libre del todo). Poetas como Hesíodo o

Arquíloco, escritores como Heródoto y Tucídides, Catulo y los neotéricos en Roma, Tácito...

Anacreonte, el amable cantor del vino y las mujeres, fue un poeta de corte, ya dije. Vivió del 572 al 485 a. C., el fin de la época arcaica de Grecia. Su ciudad, la pequeña isla de Teos, fue atacada por los persas y él, con toda la población, se asentó en Abdera, en Tracia, a su vez atacada luego por los tracios, salvajes enemigos de los griegos y luego medio helenizados. El poeta pronto se trasladó a Samos, a la corte de Polícrates, hasta que este, en el 522, fue atraído con engaños por un sátrapa persa, Oretes, y asesinado. Anacreonte tuvo que huir a Atenas, a la corte de otro tirano, Hiparco, donde coincidió con Simónides y Laso. Pero Hiparco fue asesinado por los demócratas de Atenas y él hubo de refugiarse junto a los nobles de Tesalia. Vida dura la suya.

Hay ecos de aquellas guerras primeras en sus fragmentos. Luego renunció a ellas: «El que quiera luchar, que luche, puede hacerlo; a mí, dame a beber en honor de alguien dulce vino, muchacho», canta (fr. 429). Los jonios habían reconstruido en Abdera su vida refinada, que Anacreonte aprendió, luego huyó a donde encontraba acogida. Los más de los fragmentos se refieren a su época de Samos. Ha de cantar a Polícrates y a Hera, la gran diosa de la isla: aún pueden visitarse su templo y las espléndidas estatuas de *kouroi* a ella dedicadas. Canta en el banquete a Dioniso y Eros, y cuenta cómo el tirano hizo cortar, celoso, los cabellos de Smerdis, el muchachito tracio al que amaba y que el poeta trataba de excusar. Amaba también de lejos a las jóvenes heteras, coqueteaba con la «protra tracia». Con los jovencitos también. Sabía que nada tenía que hacer.

«Escúchame, a mí que soy un viejo, muchacha de larga cabellera». «Canosas están mis sienes, blanca mi cabeza». Le bailan los dientes, espera ya el descenso al Tártaro. «Amo y no amo», dice. Un amor nada explosivo, algo manso y sin esperanza. Es el amor del viejo, descubierto por los griegos, tras haber descubierto el tema del hombre abandonado: el de la mujer abandonada es mucho más antiguo, viene de Sumeria. Canta Anacreonte, pero no ignora que navega entre escollos. Ve muy bien su papel, trata de acomodarse a él. Y ha de huir otra vez. Aquí vemos las miserias, a veces, del receptor del mecenazgo, celebrando a quienes le dicen, agazapado tristemente en su concha personal.

Muy diferente es Píndaro, el orgulloso aristócrata, poeta de Tebas. Este sí que le dice las verdades a Hierón, su huésped en Siracusa. Hierón, desde luego, es el primero, pero a su lado están los poetas por él invitados, Píndaro entre ellos. «Lo mejor es el agua», dice en la Olímpica primera, a su lado el oro, a su lado los Juegos y entre ellos los de Olimpia; de allí se derrama el himno vigoroso que llega a los poetas congregados en torno a la rica mansión de Hierón. Píndaro pertenece al grupo de los «amigos» que en ella ejecutan la poesía. Y él es el primero, es el águila de Zeus frente a Simónides y Baquilides,

que graznan inútilmente cual dos cuervos. Y se atreve a dar consejos al tirano: «gobierna al pueblo con timón justo», le dice (*Píticas* I 86). Y le señala los límites: «lo más alto culmina en los reyes: no mires más allá» (*Olímpicas* I 181). A otro tirano, Arcesilao de Cirene, se atreve a pedirle que perdone a un exiliado, Damófilo (*Píticas* IV y V). Y a Terón de Acragante le consuela, en momentos dolorosos, con el recuerdo de las alternativas en la vida humana y con la doctrina de los órficos.

Ya se ve, la relación entre el mecenas y el receptor del mecenazgo era compleja. Este tenía su dignidad, se sentía a veces por encima moralmente, actuaba de consejero. Como los consejeros de príncipes, de tan larga tradición, que pasó a los cristianos antiguos y medievales, al barroco: de ellos me he ocupado en otras ocasiones, por ejemplo, en mis *Modelos griegos de la sabiduría castellana y europea* (Madrid 2001). Es una línea que arranca con Platón, sigue con Isócrates (*Evágoras*, *A Nicocles*), los estoicos y otros filósofos (literatura de consejos al príncipe: Zenón, Esfero, Perseo, Ecfanto, varias obras de Séneca, Dión Crisóstomo), los *Panegíricos* latinos (comenzando por el de Plinio dirigido a Trajano: unen elogios y consejos). Siguen los cristianos, de Sinesio a Agapito.

Pero vuelvo a coger el hilo diciendo algo mínimo sobre Platón, que enlaza con la tradición de la invitación regia, primero por Dionisio I de Siracusa, luego por Dionisio II, el nuevo tirano. Y con la tradición pindárica de aconsejar al príncipe invitante. Son cosas bien sabidas, Platón las cuenta en su *Carta VII*. Son la historia de un fracaso: el de los tiranos que querían ilustrar su corte con un sabio consejero y cuyo interés por él era más bien ornamental o diletantístico. Y que vieron con disgusto cómo el consejero quería imponer el gobierno filosófico. A un viejo soldado como Dionisio I, vencedor del cartaginés, a un diletante como Dionisio II, que dibujaba figuras en la arena ¡y quería escribir la filosofía platónica! Ya sabemos de Platón encerrado «benevolentemente» en el cuartel de los soldados y de su expulsión o fuga, rodeada de leyendas, por dos veces. Y de su vuelta a Siracusa, de mal grado, cuando su discípulo Dión se hizo, finalmente, con el poder y él se vió envuelto en luchas amargas en que Dión fue asesinado por sus propios compañeros de la Academia.

Este es el largo tema del rey y el consejero y de los consejeros que chocan con el rey o emperador, como Séneca, Thræsea Paetus y Helvidio Prisco. Por no entrar en edades posteriores, que dejo para otros. Sólo quiero señalar aquí sus conexiones iniciales con el tema del mecenas y el poeta o sabio que recibe su ayuda. Y con el conflicto potencial, a veces, entre ellos. El destierro de Ovidio por Augusto fue otro momento de ese conflicto, dentro del mismo ambiente de los poetas protegidos por Mecenas. Horacio y Virgilio supieron bordearlo.

Pero he dado un gran salto, de Píndaro a Platón, nada menos, un salto sobre el momento democrático de Atenas, aludido por lo demás más arriba.

Vuelvo un instante sobre él. El mecenazgo está unido en sus comienzos griegos, ya he dicho, a la invitación hecha a personajes notables por reyes y aristócratas. Pero en la Atenas de Pericles encontramos algo semejante, aunque en ninguna parte se nos hable de dinero: el círculo de Pericles, en torno al gran gobernante de quien Tucídides dijo (II 65) que Atenas era una democracia de nombre, pero en realidad un imperio del primer ciudadano. Según los cómicos, una especie de Zeus de cabeza de cebolla al lado de Aspasia, una especie de Hera. Pero no voy a hablar aquí de la posición especial de la relación de Pericles y Aspasia, el prototipo de la mujer nueva, hecho por lo demás no aislado. Lo he explicado en otro lugar, en *Koronís*, el Homenaje a Ronchi March (Buenos Aires 2003). Sí del círculo en torno a los dos, en los años cuarenta y sobre todo, en torno a la construcción del Partenón, con su arquitectura y escultura humanizadas.

Atenas absorbía a los intelectuales de Grecia, venían como mariposas a la luz. Allí estaban los sofistas –Protágoras, Pródico, Hipias–, que se ganaban bien la vida enseñando retórica. Igual Gorgias, que llegó algo más tarde como embajador de Leontinos. Filósofos como Anaxágoras y Diógenes de Apolonia, ignoramos sus medios de vida. Un músico como Damón, un profesional, igual que el escultor Fidias y Metón el astrónomo. Y otros más. No eran «invitados» en el sentido en que lo eran los de los reyes y dinastas, pero formaban un círculo intelectual, al que podían acercarse Sócrates y otros más, hombres y bellas heteras. Un grupo progresista, cuyas ideas más extremas, sobre las mujeres por ejemplo, eran veladas por Pericles en sus discursos públicos. Era un político, después de todo. Y no fueron Pericles y los demás menos atacados por sus enemigos, que llevaron a los tribunales a Fidias, Anaxágoras y Aspasia, con pretextos varios. Con Pericles, directamente, no se atrevían.

El caso es que, prescindiendo del tema económico, tenemos ya el prototipo del círculo de Mecenas y, a la larga, de círculos renacientes como la Academia platónica de Florencia. Nuevas ideas compartidas en amistad en torno a una figura señera. Bien, Pericles murió el 429, cuando más falta hacía, y cayeron Atenas y su democracia por dos veces, la segunda el 338. Y a fuerza de derrotas, el ambiente se hizo monárquico con Platón, Jenofonte, Isócrates, Filipo, Alejandro. Y el círculo de que se rodeó Alejandro, este ya un sector por él pagado que mantenía su imagen, la que pretendía para sí: el conductor de Grecia contra el enemigo tradicional, bello, valeroso y humano, generoso con todos, triunfador siempre. El nuevo Aquiles junto a Hefestión, nuevo Patroclo. Escribí sobre «Las imágenes de Alejandro», en un libro *Alejandro Magno. Mito y realidad*, del 2000.

Había reunido al grupo de los elegidos: junto a los amigos, Calístenes escribía una historia más o menos mítica, Onesícrito el cínico los encuentros de Alejandro con los ascetas indios, Eumenes las memorias día a día, Lisipo hacía las estatuas... Eran los promotores de su fama, de su leyenda y de su imagen.

Habría sido Diógenes de no ser Alejandro, decía. Penetraba en tierras incógnitas, se enfrentaba a Amazonas y a seres terribles. Era no solo el héroe, también el rey-filósofo, el unificador del mundo. De aquí, con el tiempo, el Alejandro del mito y la leyenda. Pero en el Alejandro de verdad, ¡había tantos elementos que chocaban entre sí! E igual entre griegos y macedonios y entre ambos y el mundo del Oriente. Era demasiado para los griegos aquello de que propagara que el oráculo le había proclamado hijo de Amón. Que pidiera la *proskínesis* o adoración que se hacía a los monarcas persas. Que tuviera momentos de embriaguez y crimen, que hiciera morir a generales de su padre como Parmenión y Filotas, a amigos como Calístenes y Clito. Al final, solo quedaron los aduladores más extremados, los hombres del «sí». El círculo se desintegró.

Y la imagen de Alejandro se quebró: para la posteridad fue ya el héroe y el filósofo-rey, el fabuloso aventurero, ya también, para otros, el «ladrón afortunado» que dijo un jefe pirata, el criminal que decían otros. Así acabó este nuevo círculo de mecenazgo: ejemplo de los riesgos cuando el arco se tensa demasiado. En todo caso, para Roma, la Edad Media y el Renacimiento, Alejandro siguió siendo un modelo de príncipes, de Pompeyo y Trajano a Carlos V, y su círculo siguió también siendo un modelo.

Y todo lo que hasta aquí llevamos visto fue un nuevo paso adelante hacia un nuevo tipo de mecenazgo: el que se refiere, sí, a las personas, pero más bien a la Ciencia y la Cultura en general. Es el mecenazgo como institución. Estoy hablando del Museo de Alejandría. Fundado por el primero de los Ptolomeos, Soter, el Salvador, con ayuda de Demetrio de Falero y los aristotélicos, reunió toda la literatura griega –Grecia era ahora vista como una unidad, sin nacionalismos–, que era estudiada, comentada, editada. Salían de aquí estudios literarios e históricos. Y se añadían mil otros estudios. El Museo era un foco de helenidad que recogía luces antiguas, creaba, lo difundía todo por la Grecia entera. Y aún fuera de ella, en Roma sobre todo.

Los Ptolomeos eran reyes y reinas ilustrados. Hicieron venir, ya en tiempos de Soter, además de a Demetrio, a Estratón de Lámpsaco y Filotas de Cos. De Cirene llegaron Calímaco, el gran bibliotecario y poeta, y Eratóstenes, el sabio universal, que midió la circunferencia de la Tierra. De Siracusa vinieron, por un tiempo, Teócrito y Arquímedes, de Abdera Hecateo. Otros reyes helenísticos, por ejemplo los de Pérgamo, fundaron instituciones semejantes. Los recién llegados pagaban el necesario tributo de adulación al monarca y realizaban su propia obra, luego difundida por todas partes. La novedad es que ahora el mecenazgo se dirigía nada menos que a una institución cultural. Por supuesto, había precedentes, como siempre, en centros dedicados al culto de algún poeta, como el Arquilóqueo de Paros, o al de las Musas, como la Academia y otros más. A las Musas se dedicó el Museo. Pero es ya un centro subvencionado

especialmente por el estado para el estudio y con una organización propia. Fue el modelo de tantos centros y bibliotecas en la Antigüedad griega y romana y, ya he dicho, después: Monasterios benedictinos, escuelas catedralicias, Universidades, Academias, grandes Bibliotecas, Institutos de Investigación, son sus descendientes directos o no. Algo diré más adelante de todo esto.

Pero no sin volver, por un momento, al mecenazgo clásico, al ejercido sobre escritores y poetas. Me referiré, por su especial relieve, al círculo de Julia Domna, la mujer de origen sirio esposa de Septimio Severo, ya en el siglo III d. C. Mujer controvertida, admirada y odiada, intelectualmente inquieta, volcada al mecenazgo después que fue apartada del *concilium principis* y de la política. F. Gascó realizó un buen estudio sobre ella (en *AC* 63, 1994, pp. 193-200). Un abigarrado círculo se reunía en su torno: Galeno nada menos, poetas como Lucio Septimio Nestor y Gordiano (luego emperador), escritores como Sammonico Sereno, sofistas como Filóstrato y Frontón de Emesa, juristas como Quinto Cervidio Scevola, Ulpiano, etc., historiadores como Dión Casio, funcionarios imperiales como Antípatro de Hierápolis.

Nunca se sabrá en estos casos en qué medida hay realmente mecenazgo con contrapartida económica o pura adhesión a una personalidad distinguida y poderosa. Porque círculos de personas de semejante vocación siempre los hubo: los infinitos de oradores y retores en Roma y Grecia –desde los de Cicerón y sus rivales a los que frecuentaba Agustín en Milán, al de los *poetae novi*, a los de los epicúreos y estoicos–. Los límites son siempre borrosos. Y ya que estamos en Alejandría y en Roma podemos preguntarnos hasta qué punto, en la primera, entraban en el mecenazgo de los Lágidas los palacios y parques espléndidos o, en Roma las fundaciones de César: la gran biblioteca pública en su foro y el proyecto de un museo en el Capitolio para exponer al pueblo sus obras de arte.

En realidad, estamos ante un límite que hemos rozado antes cuando hablamos del Museo de Alejandría, dirigido tanto a personalidades elegidas como al mundo griego en general. Pero los regalos de reyes y grandes personalidades a templos y asociaciones de culto y, sobre todo, a ciudades, deben estudiarse separadamente. Así se hace comúnmente aunque, ya digo, los límites sean precarios. En realidad, el tema se enfoca desde dos ángulos diferentes: el uno, el que pretende ver en esas actividades y en el patrocinio sobre las ciudades, una derivación del fenómeno de la clientela romana, de la relación entre el patrono y el cliente. El otro, el que se centra en el concepto del benefactor, el evergeta en griego, que subvenciona construcciones o reparaciones varias o procura fondos con fines concretos.

Sobre el patronazgo en la sociedad romana, también en época imperial, también el de ciudadanos romanos, desde César, también sobre ciudades incorpo-

radas al imperio, se ha escrito mucho, últimamente: cito el libro editado por Andrew Wallace-Hadrill, *Patronage in ancient Society* (Londres 1990). Pero más interesante es para nosotros, seguramente, el libro de Claude Eilers, *Roman patrons of Greek Cities* (Oxford 2002). Se trata de los patronos romanos, los conquistadores o personajes romanos convertidos en protectores de las ciudades griegas; y de los evergetas, los ciudadanos ricos y distinguidos que financiaban cultos y obras públicas y que Plutarco celebraba, en sus *Consejos Políticos*, como promotores de patriotismo a su vez celebrados y recompensados por la ciudad.

Todo el imperio, sobre todo hasta el siglo II d. C. incluido, se llenó de inscripciones celebrando a patronos y evergetas. Ya en el 172 a. C. Rodas tenía patronos en Roma, influían para que sus embajadores fueran escuchados en el senado. Con frecuencia los patronos fueron los conquistadores, aceptados como tales, las inscripciones decían *πάτρων καὶ εὐεργέτης*. Pero el evergetismo es mucho más amplio. Se refiere también a los elogios de las ciudades por Elio Arístides o Demostenias de Enoanda, en grandes fiestas y agones literarios. Y, naturalmente, a ayudas para renovar ciertos cultos, reconstruir lugares sagrados o edificios públicos o fundarlos.

Había a veces ciertos abusos, el evergeta en realidad lo que buscaba era publicar su nombre y hasta recibir estatuas, por eso algunas ciudades decretaban que los donativos fueran absolutamente gratuitos. En verdad, los evergetas, fueran imperiales, como Cayo y Lucio César en el teatro de Cartagena (recuérdese, ya Pompeyo había fundado un teatro en Roma), o Trajano o Adriano o Septimio Severo, fueran reyes como los de Pérgamo, fueran ricos privados como el famoso Herodes Ático y tantos otros, significaban lo mismo.

El destinatario principal era Atenas, pero lo eran también todas las ciudades, esta fue, por mucho tiempo, una fuente de ingresos esencial para su crecimiento. Se agotó progresivamente al final de la Antigüedad con la decadencia económica, el abandono de las *uillae* y demás. Aunque surgió en gran medida la contrapartida que es el evergetismo cristiano: las construcciones de Constantino y sus sucesores hasta Justiniano y la multiplicidad de iglesias, baptisterios, palacios episcopales, basílicas, etc. Hasta extremos impresionantes en todo el imperio, en sus viejas y nuevas capitales.

Para dar un ejemplo, un ejemplo esencial por otra parte, Philippe Gauthier nos ofrece en su *Les cités grecques et leur bienfaiteurs (IV-I siècles avant J.-C.)* (École Française d'Athènes, 1985) un balance impresionante sobre el evergetismo en las ciudades griegas antes de nuestra era. Sobrevuelo su índice: los extranjeros benefactores, los ciudadanos, los reyes; las entregas de recompensas a unos y otros en las diferentes edades; la evolución de estos honores. Pero habría que completar esto con la lista no menos impresionante de las localida-

des que decretan honores para sus «patronos y bienhechores», prácticamente sinónimos. Empieza por la Liga Aquea, Acaya, Egina y sigue una larga serie hasta Ptolemaida; muchas veces las entradas recogen largas relaciones de benefactores, así en Efeso tenemos a L. Antonius, L. Calpurnius L. f., Cn. Domitius Ahenobarbus, L. Licinius Luculus, Q. Mucius Scaevola, M. Valerius Messala Corvinus. Añadamos a Celso, el fundador de la gran biblioteca.

Roma, al tiempo que se helenizaba, hacía lo posible por mantener viva la mitad oriental del Imperio. Los mecenas privados o imperiales jugaron un papel decisivo. Y todos ellos crearon un modelo que sigue vivo, aunque hoy los protagonistas tanto como individuos sean Fundaciones e Instituciones oficiales. Ya se ve, no solo el mecenazgo privado u oficial para con los individuos, también el mecenazgo para ciudades, cultos e instituciones fue importante.

Entró en decadencia todo ello al final de la Antigüedad, con la excepción de la Iglesia. Vino el bache que anunciaba, en un momento, un nuevo mundo en que Iglesias y pueblos diversos, romanos, germanos, eslavos, se aliaban. Se crearon nuevos reinos, que imitaban como podían el antiguo imperio y su diarquía político-religiosa. Y el mecenazgo poco a poco resurgió, ahora y en el Renacimiento y la Ilustración sobre todo. Y en nuestros días. Pero tocar este tema no me corresponde ya a mí.

Solo he tratado de levantar ese pórtico de que hablé, poner el preludeo. Hacer ver que hay constantes, sin duda, pero que el desarrollo de esas constantes, por otra parte con factores internos diferenciales, es favorecido por los modelos antiguos. Estos, en algunos momentos, se hicieron borrosos. Luego resurgieron. Pero cuando leemos la lista de patronos o *sponsors* de museos, edificios varios, libros, certámenes y premios diversos, el espíritu del antiguo mecenazgo renace. Pero este tema ya no me pertenece a mí, repito. Aquí termino, muchas gracias.